



Querido Papa

■ Carta del escritor italiano
Alessandro D'Avenia al Pontífice

Le falta una tilde a la última letra de este nombre tuyo, Papa, y saldría otra palabra. La palabra que todo hijo pronuncia millones de veces en la vida y que un hijo de Dios tiene la suerte de pronunciar muchas veces más porque, en realidad, la vida cristiana es aprender a decir abba –papá– a Dios.

Con la noticia de tu renuncia sentí miedo. He sentido el mismo dolor por la muerte de Juan Pablo II: entonces yo tenía 28 años y me sentí huérfano, lloré como quien pierde un padre.

El lunes me sucedió lo mismo. Me sentí huérfano. Tú habías decidido no seguir siendo Papa. Perdería

otro padre. Es el dolor de un hijo que ha recibido muchísimo. He seguido tu pontificado desde el mismo momento en el que te asomaste por primera vez al balcón (entonces yo vivía en Roma). He leído tus escritos, me he nutrido de tus palabras siempre profundas y extrañamente sencillas para un profesor de teología, porque estaban fundamentadas sobre una verdadera relación con Dios (cuánto hielo hay en cambio, en las palabras de algunos pastores a los cuales tienes la casualidad de escuchar...).

En estos años en los que la fe está puesta a prueba, burlada, malentendida, tú has hecho de pararrayos a muchas críticas. Las has asumido todas ellas sobre tu persona. No te importaba nada que te hirieran.



Son bienaventurados aquellos que sufren por la causa de Cristo, y quién sabe cuanta suciedad hay en la Iglesia que ha sido lanzada contra ti, por el hecho de ser ese padre de familia que es el Papa. Tú siempre has demostrado, y quién sabe con cuanto dolor, desde el discurso de Ratisbona a aquel sobre el matrimonio, que el único consenso que te interesa es aquel de tu Padre Dios, es decir de la verdad, el del logos.

Por eso he tenido miedo cuando has anunciado tu renuncia. En ese momento me ha parecido un echarse atrás. Si te echas para atrás tú también, que eres el Papa, ¿qué hacemos nosotros? He vuelto a pensar en una frase tuya que me guardo en el corazón: «La fidelidad a lo largo del tiempo es el nombre del amor». Me acuerdo de ella cada vez que mi amor o el de otras personas se ponen a prueba y tengo que agarrarme con todas mis fuerzas al Amor que mueve todos los demás amores, así como al sol y las demás estrellas. En estos años mi fe se ha visto reforzada gracias a ese logos cortés, firme y caluroso que tú sabes infundir a las palabras que usas, como (por poner un ejemplo) éstas que he leído hace unos días: «Dios, con su verdad, se opone a la multiforme mentira del hombre, a su egoísmo y a su soberbia. Dios es amor. Pero también se puede odiar el amor cuando éste exige salir de uno mismo para ir más allá. El amor no es una romántica sensación de bienestar. Redención no es wellness, un baño en la autocomplacencia, sino una liberación del estar oprimidos en el propio yo». Dándole vueltas a tu frase leyendo estas palabras, tu “renuncia” me parecía incomprensible y me ha arrojado a la confusión.

“He leído tus escritos, me he nutrido de tus palabras siempre profundas y extrañamente sencillas para un profesor de Teología”

Me he sentido solo. ¿De qué sirve defender la propia fe si después también el Papa tira la toalla? Después, poco a poco, la emotividad ha dejado espacio al logos, pues, a la verdad, a Cristo y una gran paz ha vuelto a mi corazón. Debía ir más allá del código de interpretación subjetivo, emotivo, mundano. Renunciar representa para el mundo un fracaso, un gesto de debilidad, mundo en el que sólo se puede estar si uno se afirma a sí mismo, a toda costa. La lógica de la debilidad no es del mundo. Del mundo es la lógica del poder y del egoísmo. Por esto tu gesto es un gesto de libertad del yo y no de fuga de Dios, en quien te quieres refugiar de todo para continuar sosteniendo a la Iglesia más y mejor.

Con este gesto haces triunfar una lógica diferente, un logos diferente. El de quien sabe que su oración silenciosa vale tanto como su acción, y deja ésta última a quien puede llevarla mejor. Debía sonar parecido, de modo fastidioso e inexplicable, la frase de Cristo a los suyos: “Es bueno que yo me vaya para que venga a vosotros otro consolador”.

También Cristo parece que se echa para atrás, pero de esta forma vence: deja espacio a la potencia del Espíritu, no se aferra ni siquiera a su condición humana, lo da todo, incluso ésta, se apropia

de sí mismo, porque como tú has explicado en tu libro más bello “Ser cristianos” es “ser para”. Cristo pone en las manos de los suyos la tarea continuar su obra y afirma que harán incluso obras más grandes que las tuyas.

Te doy las gracias, querido Papa, por todo el logos que nos has regalado y nos regalarás hasta el 28 de febrero como Papa, también por el logos que nos darás después, en el silencio que el mundo llama ya derrota, subterfugio, fuga, y que en vez de todo eso es victoria. Ya no me siento solo, porque una vez más me has ayudado a poner la mirada en lo único que importa, lo único de lo cual hay necesidad, el mismo Logos. Una sola cosa te pido. No renuncies a la escritura. Continúa nutriendo nuestra fe con tu logos. No hacerlo sería renunciar a un talento y el Evangelio habla claramente de ello... Con afecto. ■

Alessandro D'Avenia, autor de “Blanca como la nieve, roja como la sangre”.

